

## **0801. La Verdad, misión de la Iglesia**

Ningún hombre de buena fe discute hoy que la Iglesia Católica constituye una fuerza moral muy poderosa en el mundo. El Papa no es un dirigente cualquiera. Se estará o no se estará con él, pero es respetado como nadie. ¿Y de dónde le viene a la Iglesia —y en especial al Papa, su cabeza visible—, esa fuerza tan especial y tan única en el mundo? Le viene del que es el Jefe y la Cabeza invisible de la Iglesia, Nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia no hace en el mundo otra cosa que continuar la obra de Jesucristo en la tierra. Hace lo que hizo Jesucristo. Enseña lo mismo que enseñó Jesucristo. Cumple la misión que Cristo le encomendara: *Id, y predicad a todas las gentes, enseñándoles a guardar lo que yo os he mandado*. Y asegura a la Iglesia su propia presencia mientras cumple esta misión: *Y sabed que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo* (Mat. 28,19-20)

Con estas palabras de Jesucristo se explica esa influencia que la Iglesia ejerce en la humanidad. A la Iglesia le pasa lo mismo que a Jesucristo su Fundador. Se le admitirá o no se le admitirá como el Cristo, como el Salvador y como Dios; pero nadie le niega a Jesús el ser el hombre más grande y más influyente que ha existido. Igual que la Iglesia: gustará o no gustará, se estará de su lado o se la atacará; pero ninguna sociedad ni institución tiene la audacia suficiente para compararse con ella.

A pesar de esta conciencia que la Iglesia tiene de sí misma, ella se presenta al mundo no como dominadora, sino como servidora humilde, que no pretende otra cosa sino ofrecer y llevar la salvación que le confió Jesucristo.

La Iglesia enseña, pero no impone su verdad. Dice a todos únicamente que su doctrina es verdadera, porque es revelada por el mismo Dios. Puede incluso presentar la amenaza con que acaba el Evangelio de Marcos: *El que crea y sea bautizado se salvará, y quien se resista a creer se condenará*. La Iglesia puede repetirlo seriamente, pero no se impondrá a ninguno. No lo hace ni con los que

se separan voluntariamente de ella. Los sigue dolorida con su oración y les recuerda las palabras de Pablo en su carta a los de Galacia:

*- Si alguno os viene con otro evangelio diverso del que se os ha predicado, que sea anatema...*

La Iglesia se lo recordará como un deber, pero después los dejará con su conciencia. Porque la Iglesia es predicadora de la verdad de Jesucristo y no admite verdades contrarias que le vienen de fuera. El examen y el juicio sobre la aceptación o el rechazo de esta su verdad se lo deja al mismo Jesucristo, que será el Juez definitivo.

Por otra parte, vemos cómo la historia da siempre al fin la razón a la Iglesia que enseña la verdad. Lo podemos comprobar, por ejemplo, con el famoso escritor ruso León Tolstoi.

Le costó aceptar a Cristo, pero finalmente lo aceptó. Lo malo fue que se aferraba a sus propias convicciones y le faltaba humildad para aceptar las enseñanzas de la Iglesia, la Católica o la Ortodoxa de Rusia.

Empezó por decir: ¿La propiedad? ¡No! Y se convirtió en profeta del comunismo venidero... ¿El matrimonio? ¡No! Y se avanzó a los predicadores del amor libre... ¿El Estado? ¡No! ¿Y el orden? ¡No! ¿Y la vida social? ¡No! De esta manera levantaba la bandera de la anarquía...

Con un poco de sujeción a la Iglesia que le enseñaba, se hubieran evitado todos los males en aquella mente privilegiada. Sumiso a la verdad de la Iglesia, ¡cuánto bien que hubiera reportado para su propia alma y cuánto bien hubiera hecho a su pueblo!

Le ocurrió todo lo contrario a un famoso holandés, que era en una pieza médico, investigador y escritor. Fiel a su fe protestante, empezó a dudar y se decidió a estudiar el catolicismo. Convencido, y con gran honestidad, abrazó la fe católica, aunque hubo de enfrentarse con muchas críticas, pero se determinó a obedecer a su conciencia. A los que se maravillaban de que hubiese dado un paso semejante, les respondía humilde:

- *Solamente en la Iglesia Católica he podido satisfacer los anhelos de mi alma. Si hubieseis experimentado lo que yo, vosotros os habrías hecho católicos mucho antes.*

Y aunque él seguía compartiendo toda su vida fraternalmente con los hermanos protestantes, les confesaba con gran sinceridad:

- *Buscad la alegría perdurable, buscad la alegría que colma. Vivid con sencillez y haced obras útiles. Que el Espíritu Santo se digne guiarnos en adelante a vosotros y a mí* (Federico van Eden)

Aquí tenemos el retrato de la fidelidad a la verdad de la doctrina de Jesucristo aprendida conforme a la propia conciencia, pero guiados siempre por la Iglesia, continuadora de la misión de Jesucristo. En las cosas necesarias conservamos la unidad total. En muchas cosas discutibles, la Iglesia es la primera en enseñar y querer la sana libertad. Pero siempre pedirá e impondrá entre todos sus hijos el respeto y el amor.

Cuando nosotros queremos llenar nuestra mente de luz y calmar las inquietudes del corazón —en una palabra, cuando queremos vivir en la paz total del alma— acudimos a Jesucristo, y sentimos que Jesucristo nos dice:

- *¡Bienvenidos a mí! A vuestro lado estoy. Y si queréis oír con nitidez mis palabras, escuchad a mi Iglesia. Ella es el altoparlante que difunde por todo el mundo mi voz, del todo inconfundible. Si después queréis influir vosotros en ese mundo que me espera, id repitiendo lo que mi Iglesia os dice. Yo y la Jerarquía de mi Iglesia extendemos a todos vosotros, los bautizados, nuestra propia misión. Id, amigos, por el mundo, anunciando el amor. Id llevando mi presencia, ¡con vosotros estoy!...*